

John Lanchester

¡Huy!

Por qué todo el mundo debe
a todo el mundo y nadie puede pagar



ANAGRAMA
Colección Compactos

¡Huy! Por qué todo el mundo debe a todo el mundo y nadieJohn
puede pagar Lanchester

Para Miranda, Finn y Jesse

¡Huy! Por qué todo el mundo debe a todo el mundo y nadieJohn
puede pagar Lanchester

Cuando el desarrollo del capital de un país se convierte en subproducto de las actividades propias de un casino, es probable que la tarea se realice mal.

JOHN MAYNARD KEYNES,
La teoría general del empleo, el interés y el dinero

Sólo una línea delgada separa al estúpido del listo.

DAVID ST. HUBBINS,
This is Spinal Tap

INTRODUCCIÓN

Annie Hall es una película con muchos grandes momentos, el mejor de los cuales es para mí la única escena con el hermano menor de Annie, Duane Hall, papel que interpreta Christopher Walken, el primero de su larga y brillante carrera de chiflados del cine. De visita en la casa de la familia Hall, Alvy Singer –esto es, Woody Allen– tropieza con Duane, quien inmediatamente comparte con él una fantasía: «A veces, cuando conduzco [...] en la carretera, de noche [...] veo dos faros que vienen hacia mí. A toda velocidad. Siento el impulso repentino de girar el volante directamente hacia el coche que viene en sentido contrario. Me imagino la explosión. El ruido de cristales que se hacen pedazos. Las [...] llamas que se levantan de la gasolina derramada.» Lo que da sentido a la escena es la respuesta de Alvy: «Vale. Bien. Ahora... ahora tengo que irme, Duane, he de volver al planeta Tierra.»

Nunca he experimentado el deseo de Duane Hall de cambiar de carril en la carretera y precipitarme contra los faros que vienen de frente. Sin embargo, he de reconocer que a veces he tenido un pensamiento no demasiado distinto. Es un pensamiento que nunca me asalta en la ciudad, ni en medio del tráfico, ni cuando hay otra persona en el coche, sino cuando estoy solo en el campo, circulo velozmente por una carretera vacía, tengo puesta la radio y todo se mueve con libertad y claridad. Hoy día es raro que se den estas condiciones al volante de un coche, pero si se dan, a veces me viene a la cabeza un pensamiento fugaz, que nunca puse en práctica y espero no hacerlo nunca. Es éste: ¿qué pasaría si justamente ahora metiera la marcha atrás?

Si se le pregunta esto a un aficionado a los coches, lo primero que hace es mirarle a uno de forma divertida y luego volver a mirarle de la misma manera. Finalmente, explica que lo que pasaría es que el motor explotaría: unas piezas chocarían con otras y se harían añicos, las varillas saltarían por los aires, el carburador se reduciría a pedazos, el ruido, el olor y el humo serían increíbles, el conductor sufriría con seguridad graves heridas y lo más probable es que muriera. Estas explicaciones son lo bastante convincentes como para que el pensamiento de meter la marcha atrás me ronde la cabeza muy fugazmente, digamos que medio segundo, una vez cada dos o tres años. Estoy seguro de que nunca lo haré.

Durante los primeros años del nuevo milenio, todo el planeta se movía a gran velocidad, como si circulara a más de ciento diez kilómetros por hora en una carretera despejada y un día de sol. Entre 2000 y 2006, la opinión pública del mundo occidental estaba dominada por la elección de George W. Bush, los ataques del 11 de Septiembre, la «guerra global antiterrorista» y las guerras en Afganistán e Irak. Pero mientras sucedía todo esto, se estaba produciendo algo trascendental, que, aunque no del todo inadvertido, llamaba extrañamente poco la atención: la riqueza del mundo estaba a punto de duplicarse. En 2000, el producto interior bruto mundial –la suma de toda la actividad económica del planeta– era de 36 billones de dólares.* A finales de 2006, era de 70 billones de dólares. En el mundo desarrollado, se prestó tanta atención al desplome de las acciones de puntocom –la «mayor destrucción de capital de la historia del mundo», se dijo entonces– que nadie se percató de cómo se recuperaban las economías de Occidente. El mercado de valores, por razones a las que me referiré más adelante, estaba relativamente estancado, pero otros sectores de la economía estaban en auge. Y lo mismo sucedía en el resto del planeta. Un editorial de *The Economist* señalaba en 1999 que el precio del petróleo había bajado a 10 dólares el barril y emitía una solemne advertencia: no se quedaría en ese valor; había razones para pensar que llegaría a los 5 dólares el barril. ¡Ah!

En julio de 2008, el precio del petróleo había subido a 147,7 dólares y, a consecuencia de ello, los países productores de petróleo rebosaban divisas. Desde el mundo árabe y Rusia hasta Venezuela, los ministerios de Hacienda de todos los países petrolíferos se parecían a la escena de *Los Simpson* en la que Monty Burns y su ayudante Smithers recogen fajos de billetes y se los lanzan entre sí al grito de «¡La pelea del dinero!». La demanda de petróleo era tan grande debido a que importantes sectores de los países en desarrollo, sobre todo India y China, experimentaban niveles de crecimiento económicos sin precedentes. Ambos países tuvieron repentinamente una nueva clase media que se expandía enormemente y alcanzaba elevados niveles de consumo. El PIB de China crecía a un promedio del 10,8 por ciento anual, mientras que el de India lo hacía al 8,9 por ciento. En quince años, la clase media de India, expresión que entiendo en su amplio significado de sector de la población que ha escapado a la pobreza, pasó de 147 a 264 millones de personas; la de China lo hizo de 174 a 806 millones, probablemente el mayor logro económico de todo el mundo y de todos los tiempos. La renta per cápita en China creció un 6,6 por ciento anual en-

tre 1978 y 2004, cuatro veces más rápido que el promedio mundial. Treinta millones de niños chinos reciben clases de piano. Las dos quintas partes de los estudiantes varones de la escuela secundaria india reciben clases particulares extraescolares. Cuando hay 2.250 millones de personas que viven en países cuyas economías crecen de esta manera, es que se vive en un planeta con unas perspectivas económicas completamente nuevas. Centenares de millones de personas son significativamente más ricas, y tienen que cumplir las nuevas expectativas. Así, el petróleo aumenta, la producción aumenta, el precio de las materias primas –la materia que se usa para producir otras- aumenta, la economía de (casi) todo el planeta está en auge. Quién sabe, piensan los optimistas, si con el crecimiento de la economía mundial a estas tasas, podemos empezar a pensar seriamente en satisfacer los Objetivos de Desarrollo del Milenio de las Naciones Unidas, tales como reducir a la mitad, en 2015, el porcentaje de personas que padecen hambre y de individuos con ingresos inferiores a un dólar diario.¹ Esto parecía una utopía en el momento en que se establecieron los objetivos, pero en un mundo con una riqueza de 34 billones de dólares más, de pronto parece como si esta meta sin precedentes pudiera alcanzarse.

Y entonces fue como si un día la economía global hubiera decidido que, puesto que marchaba a toda velocidad, no habría mejor momento que ése para intentar meter la marcha atrás. El resultado..., bueno, lo que a la mayoría de la gente le parecía un claro cielo azul, un cielo azul más despejado que nunca, terminó siendo un colosal desastre. Esto dejó a una inmensa cantidad de gente haciéndose una pregunta muy simple: ¿qué pasó?

Ya llevo más de dos años observando atentamente la crisis económica. Comencé a trabajar en este tema como parte del marco de referencia para una novela y no tardé en darme cuenta de que había tropezado con la historia más interesante que jamás había encontrado. Mientras empezaba a trabajar en ello, quebró el banco Northern Rock, y resultó claro que, como escribí en aquel momento, «si no se produce una ampliación de nuestras leyes que permita controlar los nuevos vehículos de inversión –extraordinariamente poderosos, extraordinariamente complejos y con un extraordinario potencial de riesgo–, un día serán causa de un desastre financiero sistémico y de proporciones globales». También escribí, a propósito de la evidente burbuja de los precios de la propiedad inmobiliaria: «seréis exculpados de pensar en la inminencia de algún tipo de crac». En ambas ocasiones tuve razón, pero llegué demasiado tarde, porque ya se había hecho todo lo necesario para el estallido de

la crisis, aunque la negligencia de los gobiernos de todo el mundo, que no se prepararon para la gran revelación del otoño de 2008, era entonces y sigue siendo hoy asombrosa. Ésta es la primera razón que me impulsó a escribir este libro: el extraordinario interés de lo que ocurrió. Es un relato absolutamente sorprendente, lleno de interés y drama humanos, un relato cuyos aspectos poco visibles de orden matemático, económico y psicológico son básicos en esta historia de las últimas décadas, y a la vez misteriosamente desconocidos del público general. Hemos oído mucho acerca de las «dos culturas», la de la ciencia y la de las artes, particularmente en 2009, porque este año se cumplió el quincuagésimo aniversario del discurso en el que C. P. Snow utilizó la frase por primera vez. Pero no estoy seguro de que el inmenso abismo entre ciencia y arte sea tan real hoy como lo era hace medio siglo (no hay ninguna duda, por ejemplo, de que un lector común que desee adquirir una formación científica básica, lo tiene hoy más fácil que en cualquier otro momento de la historia). Me parece que es mucho mayor el abismo que existe entre el mundo de las finanzas y el del público general, y que es necesario estrechar ese abismo, si no se quiere que los miembros de la industria financiera lleguen a convertirse en una especie de sacerdotes que administran sus propios misterios y a los que el resto de la humanidad teme y odia. Mucha gente brillante y culta no tiene ni idea de los elementos básicos de la economía, de lo que quienes pertenecen al mundo de las finanzas consideran hechos primordiales del funcionamiento del mundo. Yo, que soy un extraño al mundo de las finanzas y la economía, aliento la esperanza de poder hablar desde el otro lado de ese abismo.

Es general la sensación de una necesidad de comprender qué ha pasado. Cuesta aceptar la realidad de que en un momento de deterioro tan agudo, ante una crisis económica de carácter tan sistemático, hayamos perdido el control de aspectos decisivos de nuestra vida. Una manera de reafirmar cierto grado de control consiste en tratar de comprender qué ha pasado. Eso nos devuelve una sensación de ser elementos activos. Mi necesidad de comprender es la misma que la de los lectores, sean quienes sean. Una de las ironías más extrañas de esta historia es que, tras décadas en que la ideología del mundo occidental fue personal y económicamente individualista, nos hemos encontrado de golpe con una crisis que muestra con el máximo rigor que, nos guste o no –y hay aspectos muy importantes que habría que estar loco para decir que nos gustan–, en esto estamos todos juntos. Las consecuencias de la crisis dominarán la economía y la política de nuestras sociedades durante por lo menos

¡Huy! Por qué todo el mundo debe a todo el mundo y nadieJohn
puede pagar Lanchester

una década. Es importante que tratemos de comprenderla y empecemos a pensar en el futuro inmediato.

1. LA IMPORTANCIA DEL CAJERO AUTOMÁTICO

Cuando era niño, los cajeros automáticos me daban miedo. Y de manera especial el primero que vi, en el exterior de la imponente sede central del Hongkong and Shanghai Bank, en el número 1 de la Queen's Road Central, de Hong Kong. Debió de ser hacia 1970, cuando tenía yo ocho años. Mi padre, por ser empleado del banco, estuvo entre las primeras personas en servirse del cajero automático, que se hallaba justo al lado de los emblemáticos leones de bronce del edificio, pero yo sentía terror cada vez que lo veía utilizarlo. ¿Qué pasaba si la máquina se equivocaba en las cuentas y se llevaba todo nuestro dinero? ¿Qué pasaba si, por error, la máquina cogía dinero de otro cliente y mi padre iba a la cárcel? ¿Y si la máquina decía que sólo le daba diez dólares de Hong Kong, pero en realidad cogía mucho más de su cuenta, una suma inimaginable, como cincuenta o cien dólares? La libertad con que la máquina escupía su dinero y la invitación a gastarlo inmediatamente parecían horriblemente imprudentes. El flujo de dinero, primero de nuestra cuenta al exterior a través de la máquina, y luego al mundo, parecía demasiado fácil. Mi padre estaba allí de pie tecleando con toda seriedad el número secreto, mientras yo me colgaba de su brazo y le rogaba que parara.

Ese tremendo miedo de un niño de ocho años tenía su razón de ser. La absoluta facilidad con que el dinero circula por el mundo es temible: puede producir una especie de vértigo. Es lo que puede ocurrir cuando, al leer noticias sobre finanzas, uno tiene de repente la sensación de que no es capaz de comprender qué significan esas cifras, qué representan realmente esos millones, miles de millones y billones, cómo dominarlos mentalmente. (Pruebe el lector el siguiente experimento mental, que ha sugerido el matemático John Allen Paulos en su libro *El hombre anumérico*.² Sin hacer el cálculo, imagínese cuánto es un millón de segundos. Ahora trate de hacer lo mismo con mil millones de segundos. ¿Listo? Un millón de segundos es menos de doce días; mil millones son casi treinta y dos años.) Ahora bien, esto mismo puede ocurrir cuando contempla un extracto de cuenta y ve la terrible potencia de esas hileras de dígitos, su capacidad para dirigirlo todo, desde lo que uno come al lugar donde vive, cifras abstractas cuyas consecuencias son lo menos abstracto del mundo. O puede ocurrir cuando el flujo mundial de

capital nos golpea personalmente –cuando nuestro empleador, aparentemente próspero, va a la quiebra debido a un problema con su crédito, o cuando nuestra cuota de la hipoteca sube tanto que nos resulta imposible pagarla– y pensamos: ¿qué es al fin y al cabo todo esto del dinero? Puedo ver sus efectos –tocar con los dedos un billete de banco, echar una moneda a cara o cruz–, pero ¿qué es en realidad? ¿Qué representan estas cifras abstractas? ¿Qué realidad está representada en ellas? ¿No sería más tranquilizador que se asemejara más a una cosa física y menos a una idea? Y luego el pensamiento se nubla: el dinero es lo que siempre fue, un dato fundamental del mundo, algo cuyo ir y venir es previsible de la misma manera en que lo son las olas en una playa: a veces la marea está alta, a veces la marea está baja, pero al menos se sabe que las pautas básicas de su movimiento siguen reglas conocidas.

Entonces ocurre algo que cambia la idea que uno tiene de cómo funciona el mundo. Es lo que le sucedió a comienzos de octubre de 2008 a Raket Stefánsdóttir, una joven islandesa que cursaba un máster en artes y administración cultural en la Universidad de Sussex, en Brighton. Metió su tarjeta en la ranura para sacar algo de dinero y el cajero automático le dijo que no tenía fondos disponibles. A Raket no le llamó particularmente la atención. «Sé que esto va por teléfono a través del Atlántico y que a veces hay problemas, de modo que pensé que se trataba de eso.» Más o menos un día antes había pagado con la tarjeta la matrícula de su primer trimestre de universidad; había estado trabajando en el teatro durante unos años antes de reiniciar su máster, de modo que gozaba de una cómoda solvencia económica.

Todos hemos tenido la experiencia de insertar nuestra tarjeta en la ranura y no obtener dinero del cajero automático porque nuestra cuenta está a cero. Pero lo que a Raket le sucedía aquel día, como a millares de islandeses, era mucho más extraño y desestabilizador. El cajero automático no le permitía retirar efectivo de su cuenta no porque ella no tuviera dinero, sino porque el banco no tenía dinero. En realidad, tampoco era simplemente que el banco no tuviera dinero suficiente, sino más bien el escenario de *Apocalypse Now*: su tarjeta no operaba porque Islandia se había quedado sin dinero. El 6 de octubre el gobierno cerró los bancos y congeló el movimiento de todo capital al exterior, porque estaba al borde de la quiebra. En el momento en que el pago con tarjeta de crédito de la matrícula trimestral de Raket fue compensado, un día después, la corona islandesa se había hundido y la suma que ella desembolsara había aumentado el 40 por ciento. Tres semanas necesitó Raket para vol-

ver a tener acceso a su cuenta, y para entonces ya estaba claro que no podría pagar sus estudios. Ahora está otra vez en su casa de Reikiavik, sin trabajo, y ha abandonado por completo el Plan A para su futuro. «Lo que más me irrita de nuestro antiguo gobierno –dice ahora- es que no ha tenido la decencia de avergonzarse.»

Esto es lo que puede suceder cuando los bancos de un país van mal. Algunos detalles del caso islandés tienen algo de exótico: básicamente, un pequeño grupo de gente rica y poderosa vendió y volvió a vender activos entre sí y creó una monstruosa burbuja de riqueza ficticia. «Lo hicieron treinta o cuarenta personas y lo está pagando todo el país», me dijo un taxista de Reikiavik, y todavía no he encontrado un islandés que no esté de acuerdo con eso. Pero aunque el responsable último de la burbuja fue un reducido grupo de personas, el país entero se vio atrapado en ella, como si una gigantesca ola de crédito barato hubiera convertido a Islandia en una especie de Fantasilandia de la economía. Los bancos estaban en el centro mismo de este proceso. El sector bancario islandés había sido de propiedad estatal hasta 2001, año en que el Partido Independiente, liberal, lo privatizó. El resultado fue un crecimiento explosivo. Crecimiento falso, pero explosivo. Un país con 300.000 habitantes –la población de Brighton– y sin recursos naturales, con excepción de la energía termal y los recursos pesqueros, desarrolló repentinamente un gigantesco sector bancario cuyos activos superaban doce veces el total de la economía. Las monedas mismas habrían debido servir de advertencia: la de cincuenta céntimos tiene un cangrejo; la de una corona, un salmón; la de diez coronas, un cardumen de capelines, y la de cien coronas, una platija. Cuando uno tiene las monedas en la mano, piensa: esta gente sabe mucho de peces; de banca, tal vez no demasiado...

Pero nadie prestó atención a eso. El crédito era tan barato que parecía gratis. Hablé con Valgarður Bragason, un albañil que compró dos casas y un terreno, con tres préstamos hipotecarios diferentes por un total de 600.000 libras esterlinas, que el banco le concedió tras algunas conversaciones que nunca se prolongaron más de quince minutos. Uno de los préstamos no se estableció en coronas islandesas, que tenían elevadas tasas de interés, sino en una cesta de cinco divisas extranjeras. Esto parece una locura, pero en Islandia, y en otros sitios, en los primeros años del nuevo siglo, las reglas normales de las finanzas personales habían quedado suspendidas. Efectivamente, es verdad que aquí, al igual que en otros sitios, muchos consumidores y tomadores de préstamos fueron personalmente irresponsables; pero se los alentó a que lo fueran. En todo el

mundo económicamente liberal, los bancos trataron la irresponsabilidad financiera casi como una valiosa materia prima, casi como un recurso natural, a mimar y cultivar con cariño. El crédito barato estaba por doquier: casi diariamente se recibían llamadas telefónicas no solicitadas de entidades de crédito y cartas con solicitudes de créditos precumplimentadas, y cuando telefoneaba a mi banco, el Barclays, antes de ofrecerme la opción de obtener los detalles de mi cuenta o hablar con alguien, un mensaje pregrabado me invitaba a contratar un nuevo préstamo. A los prestatarios se les incitaba a atiborrarse de créditos baratos, como las ocas a las que se alimenta para producir *foie gras*. «Trataba de ser prudente –me dijo un amigo–, pero mi asesor financiero me decía que es como tener delante la carretera despejada y no apretar el acelerador: una tontería. Así que apreté el acelerador.» Y lo mismo sucedió con millones de personas.

Durante un tiempo, Islandia pareció un milagro económico moderno. Luego irrumpió la realidad y la economía islandesa quebró de la misma manera que Mike Campbell en *Fiesta*: «de dos maneras, primero gradualmente y después de golpe». Una lenta decadencia de la corona a comienzos de 2008 se vio agravada por el hecho de que un gran número de islandeses tuvieran préstamos en moneda extranjera: 40.500 de ellos, de hecho, por un valor total de 115.000 millones de coronas, unas 30.000 libras esterlinas de la época cada uno. (Al parecer, la mayor parte de ese dinero se gastó en coches de lujo.) Cuarenta mil personas es mucha gente en un país con una población de sólo 300.000 habitantes. La pérdida de valor de la corona los puso en muy mala situación, porque cuando la corona bajaba, el coste de sus préstamos subía abruptamente. Los primeros nueve meses de 2008 fueron una pesadilla financiera, que se hizo repentina e irrevocablemente real cuando, el 6 de octubre, el primer ministro de Islandia, Geir Haarde, apareció en la televisión para decir al pueblo, de una manera enrevesada y sin asumir ninguna responsabilidad, que su país estaba en quiebra. Los bancos cerraron y todas las reservas en moneda extranjera de Islandia fueron congeladas, salvo las destinadas a necesidades vitales como la comida, el combustible y los medicamentos. Y esto fue lo que dejó a Rakef Stefánsdóttir y a centenares como ella en la calle, con el gesto severo y preguntándose por qué parecían haber quedado tan repentinamente sin fondos. Entonces ninguno de ellos tenía una idea exacta del panorama real. Los bancos de Islandia habían crecido tanto y tan rápido que el sistema bancario era, según una frase muy utilizada, «un elefante en equilibrio sobre el lomo de un ratón».

Los activos de los bancos en ultramar estaban congelados, proceso que comenzó cuando el gobierno del Reino Unido utilizó la legislación antiterrorista para impedir el movimiento del dinero de los bancos islandeses fuera del país. Los islandeses todavía sufren las consecuencias de esto: en Reikiavik vi una camiseta con la imagen del primer ministro británico y la siguiente inscripción: «Brown es el color de la caca». Un poco fuerte. Pero tienen derecho a estar enfadados, porque la implosión de los bancos islandeses los dejó expuestos a pérdidas de 116.000 libras esterlinas por habitante, ya fuera hombre, mujer o niño.

¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo hemos pasado de una economía en la que los bancos y el crédito funcionaban como se supone que tienen que funcionar, a esta situación en la que ahora estamos, la reikiavikización de la economía mundial? Como sostendré más adelante, la crisis se basó en un problema, un error, un fallo y una cultura; pero antes que de todas estas cosas, fue resultado de un clima, el clima que siguió a la victoria del mundo capitalista sobre el comunismo y a la caída del Muro de Berlín.

Esto fue particularmente evidente para mí porque crecí en Hong Kong en la época en que allí imperaba la más desenfadada economía de libre mercado. Hong Kong era el Salvaje Oeste de la economía. No había reglas, ni impuestos (bueno, finalmente hubo una tasa impositiva máxima del 15 por ciento), ni Estado del bienestar, ni garantías de atención sanitaria o escolar. Auténticas ciudades de chabolas se extendían por las colinas de la isla de Hong Kong; los habitantes de esas chabolas no tenían electricidad, agua corriente, medicina ni educación para sus hijos. Las fábricas sin ninguna regulación, donde la mano de obra era salvajemente explotada, constituían una parte importante de la economía de la colonia. La desagradable zona marginal del capitalismo sin reglas era evidente en todas partes. Pero las maneras en que ese mismo capitalismo creaba desarrollo y riqueza también era evidente por doquier, y era imposible no advertir que había gente dispuesta a jugarse la vida con tal de probar este sistema de lucha abierta en el que cada uno vela sólo por sus intereses. Los refugiados de la China comunista nadaban, se arrastraban y pasaban clandestinamente a Hong Kong de todas las formas imaginables, y frecuentemente morían en el intento. Si lograban cruzar la frontera, lo normal era que los enviaran de vuelta cuando los cogían, a menos que consiguieran llegar a Boundary Street en Kowloon, donde tenían derecho a permanecer. Había en esta regla algo tremendamente gráfico, como una versión adulta

de un juego infantil: llega a Casa y estarás a salvo. En caso contrario, vuelta a la tiranía. Pero en el brillo de Hong Kong como lugar de esperanza y de oportunidades para la gente que trataba de llegar allí, no había engaño: la aspiración no era tanto acceder al lugar, como al sistema. La tierra y la gente eran las mismas; lo único distinto era el sistema. Por tanto, el poder del sistema debía de ser extraordinario. Hasta un niño podía verlo. Esto se advertía principalmente en la vertiginosa velocidad del cambio. Era normal dar la vuelta a una esquina y experimentar el sobresalto de no saber dónde diablos se estaba, porque había desaparecido cualquier punto de referencia territorial. Y como ocurría con la China comunista antes de su apertura a los viajeros a partir de 1979, era un motivo de temor, asombro y leyenda. Era algo que siempre se llevaba a ver a los visitantes, el punto más remoto de los Nuevos Territorios, desde el cual se podía contemplar el interior de China. Del lado de Hong Kong había un puesto de observación gorkha sobre una colina. Se veían arrozales, un río y no mucho más. Ahora, si uno va a ese mismo lugar, verá Shenzhen, la ciudad de crecimiento más rápido de China, con nueve millones de habitantes, un lugar donde hace treinta años no había literalmente un solo edificio.

En aquella época, Hong Kong era como un experimento, un test de laboratorio en el capitalismo de libre mercado. Una combinación de circunstancias históricas y demográficas había hecho de Hong Kong una excepción en el mundo entero. Gran Bretaña, en particular, parecía mucho más lenta, más prudente, más regulada, más cauta ante el cambio. Pero en las tres décadas posteriores a mi partida de Hong Kong, fue como si se hubiera producido una toma de control inversa, como si las reglas de Hong Kong se hubieran apoderado del resto del mundo. En lugar de ser un caso especial, el funcionamiento desenfrenado y desregulado del libre mercado se convirtió en la nueva normalidad. No se trataba de que esta versión del capitalismo hubiese ganado una discusión teórica, sino que se imponía exclusivamente por la fuerza: los países que la habían adoptado desarrollaban su economía más rápidamente que los que no lo habían hecho. Es imposible medir con rigor los cambios subjetivos en la trama de las experiencias de la gente, pero sí es posible medir el crecimiento del PIB, y la evidencia del PIB fue irrefutable. Con Ronald Reagan en el poder en Estados Unidos y Margaret Thatcher en el Reino Unido, la versión de Hong Kong del capitalismo de libre mercado se apoderó del mundo. No pude volver a mi casa, pero en ciertos aspectos importantes no hubo diferencia, porque mi casa había venido a mí.

La versión del capitalismo que se expandió de manera tan absoluta en el mundo tenía su soporte ideológico en Adam Smith, a través de Friedrich Hayek y Milton Friedman, y tendía a actuar como si hubiera una conexión fundamental entre capitalismo y democracia. Creo que acontecimientos posteriores mostraron que eso no era cierto, pero ésta es otra cuestión, tema de otro libro completamente distinto. Baste por ahora con decir que esta versión del capitalismo, que con frecuencia se ha apodado «modelo anglosajón», se extendió en todo el mundo.* La fórmula implica la liberalización de los mercados, la desregulación de la economía y, sobre todo, del sector financiero, la privatización de los bienes del Estado, impuestos bajos y el mínimo posible de gasto público. Se consideraba que el papel del Estado consistía en no obstruir la capacidad de creación de riqueza de los individuos y las empresas. Estados Unidos y Gran Bretaña fueron los animadores mundiales de estas políticas, y el éxito que obtuvieron en el crecimiento sus respectivos PIB llevó a su adopción, con modificaciones, en Nueva Zelanda, Australia, Irlanda, España (hasta cierto punto), Islandia, Rusia, Polonia y otros países. Una versión de estas políticas es impuesta por el FMI cuando interviene en países que necesitan ayuda financiera. La adopción de estas políticas tiende a dar como resultado importantes y cuantificables crecimientos del PIB. Lo mismo ocurre con la desigualdad.

Para los marxistas, y para cierta voz de la izquierda anticorporativa y antiglobalización, este tipo de capitalismo «sembraba las semillas de su propia destrucción». El argumento de Marx para hacer esta afirmación era que el hecho de reunir cada vez más a los trabajadores en fábricas, haría que éstos tuvieran más oportunidades de observar la explotación de que eran objeto y también de organizarse contra ella. Un punto de vista más moderno consideraría que el capitalismo de libre mercado tiene una inherente proclividad a la desigualdad y a los ciclos de boom y bancarrota (hay un excelente corpus de trabajos que estudian estos ciclos). Podemos observar que, en el caso presente, la práctica se ajusta a la teoría. El mayor boom en setenta años condujo directamente al mayor crac. El resto de este libro cuenta la historia de cómo sucedió tal cosa, pero todos los acontecimientos posteriores tuvieron un precursor esencial, sin el cual la explosión y la implosión no habrían tenido lugar de la manera en que ocurrieron: la caída del Muro de Berlín, el hundimiento de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría.

Las discusiones explícitas sobre el conflicto entre Occidente y el bloque comunista nunca fueron particularmente provechosas. Ambos campos estaban demasiado atrincherados; los problemas filosó-